

1.4-944

I N T R O D U C C I O N



De los grandes poetas españoles de este siglo -siglo incomparable, en cantidad y calidad, en la historia de la poesía en lengua castellana- Miguel Hernández es el más arbitrariamente difundido, el más silenciado en España, el que murió más joven. Entre sus poemas de adolescencia ⁽¹⁾ -recogidos y reconocidos por esa insuperable experta hernandiana que es María Gracia de Ifach, o por hispanistas franceses- y los últimos esplendores que concibió ~~después~~ ^{dese} a su enfermedad y sus prisiones, no median más que catorce años. Menos longevo que Juan Ramón Jiménez o Jorge Guillén, pero también menos espectacular que Federico García Lorca, Miguel era la víctima ideal para la condena del silencio; la situación política de España, su muerte en los albores del franquismo (y el rigor y la duración inusitada del régimen), remataron con éxito, a escala nacional, ese operativo tenebroso.

Afortunadamente -para muchos de los aspectos de la historia de estos últimos cuarenta años- nueve de cada diez hispanoparlantes no son españoles, y la obra de Miguel Hernández se editó y se agotó reiteradamente en América, siendo en muchos casos (pienso en los poetas "invencionistas" argentinos) la influencia más decisiva de la moderna poesía castellana, al lado de nombres como Apollinaire, Cendrars o Dylan Thomas.

Como todo genio o tesoro largamente enterrado, la vida y la obra de Miguel Hernández corren el riesgo de manipulaciones excesivas en esta hora de su suntuosa exhumación. Ni la negación de Perito en lunas (como mero ejercicio gongorino) en beneficio de la rotunda poesía de combate de El hombre acecha, ni el acento puesto sobre ciertos sonetos a la Virgen (o sobre su notable auto sacramental, en tiempos de la gran influencia de Ramón Sijé sobre el poeta) para demostrar la extracción religiosa de su inspiración; ni una cosa ni otra: el tironeo entre izquierdas y derechas, en definitiva, para entronizar a Hernández de su lado, no ayudará a clarificar la figura y la obra de uno de los poetas más vastos y profundos que ha dado la literatura española. Como un aporte a esa necesaria clarificación -y siguiendo en todo a los mejores especialistas hernandianos- esta introducción se propone situar al hombre y a la obra en el breve y turbulento tiempo en el que les tocó vivir y florecer.

→ (1)

El tiempo histórico

La España de Miguel Hernández, es la que se tiende entre el apogeo del anarcosindicalismo y la guerra de Marruecos, hacia su nacimiento, y el triunfo y consolidación del régimen autoritario del general Franco (circunstancia histórica que acelerará su muerte). Durante su infancia Europa sufrirá la mayor convulsión política que le tocara soportar desde las guerras napoleónicas (con los años de la Primera Guerra Mundial), y su país desbarrará de desierto en desierto hasta desembocar en la dictadura del general Primo de Rivera. Su adolescencia, y los años de los primeros balbuceos poéticos e inquietudes juveniles, serán contemporáneos de la implantación de la República, del esplendor de la "generación del 27", del redescubrimiento de Góngora y Garcilaso. La década siguiente -que es la última de su vida, y el breve tiempo de su actuación y de sus publicaciones- está marcada por los ~~últimos~~ ^{postre} mos y agitados tiempos republicanos, y por la pavorosa experiencia de la Guerra Civil. Ese es, a grandes rasgos, el telón de fondo que no conviene perder de vista a la hora de reconstruir la trayectoria vital y el itinerario estético del pastor-poeta que acabará convirtiéndose en poeta-soldado.

Orihuela, tierra natal de Miguel, es una pequeña ciudad alicantina bañada por las aguas del Segura, y que por los tiempos del nacimiento del poeta -1910- tenía bien estratificada la división de clases, a través de una pirámide que iba desde los ricos y escasos propietarios de las feraces tierras oriolanas, hasta los jornaleros en paro más o menos endémico, pasando por los variados niveles de una burguesía que se proletarizaba al llegar al estadio de los cabreros y otros pequeños propietarios y trabajadores independientes. A este último nivel, precisamente, pertenecía Miguel Hernández Sánchez -padre del poeta-, como lo aclara José María Balcells (en Miguel Hernández, corazón desmesurado), y el propio Hernández lo precisó un par de veces en entrevistas que se le hicieron, intuyendo acaso la simple velocidad con la que se fabrican las leyendas. El hogar de Miguel ("Sus ingresos proceden de la cría de cabras y ovejas -dice Balcells, refiriéndose al padre-, que pastorea por la huerta y la sierra con ayuda de su hijo primogénito, Vicente. Además, reparte leche por la ciudad.") era por lo tanto pobre, pero sin privaciones, lo que no es poco decir en la España rural de aquellos años.

En lo que respecta a su formación autodidacta, poco importa traer aquí las discrepancias entre algunos de sus biógrafos (según Leopoldo de Luis, deja de asistir al colegio a los 12 años; para Balcells, ~~xxxx~~ ^{acude} ~~xxxx~~ a los jesuitas ~~xxxx~~ entre los 13 y los 15; María (Gracia de) Ifach sitúa esa asistencia entre los 12 y los 14), ya que parece incuestionable. Poco más que leer y escribir, y las cuatro operaciones, es lo que sabe Miguel cuando su padre -hombre pragmático y conservador- decide que vale más la ayuda del hijo en el trabajo, que lo que borrosamente pueda darle el estudio. La amistad con Carlos Fenoll, con los hermanos Marín Gutiérrez (que serían luego conocidos bajo los seudónimos de Ramón y Gabriel Sijé), con el sacerdote don Luis Almacha (quien llegaría a ser obispo de León), la propia voracidad intelectual y la intuición poética de Hernández, harían el resto.

La insistencia en la dureza de las condiciones de la infancia y adolescencia del poeta, es otro de los mitos culturalistas y bienpensantes que rodean a Miguel. Suele cargarse el acento sobre ese padre insensible que, al no comprender que albergaba bajo su techo a un genio, le dificultó el acceso a la cultura. Pero se olvida, al hacerlo, que la formación intelectual -la menos importante, para una poética como la que desarrollaría Hernández- se dió de todos modos con la naturalidad de los encuentros que él necesitaba y que buscó, y que -simulánea y afortunadamente- la vida pastoril lo dotó con las experiencias más acordes con su sensibilidad, y con lo que sería la original frescura y la sensualidad que distinguen a la poesía hernandiana entre todas las de sus contemporáneos. Hasta su encuentro con Carlos Fenoll -hijo de panaderos, y repartidor de pan- Hernández había leído desordenadamente lo que le caía entre manos ("Lo primero que leí fueron novelas de Luis de Val y Pérez Escrich", declara en una entrevista que le hacen en 1932), principalmente dramones versificados que publicaba la revista "La Farsa" (^{en} ~~a~~ cuya imitación escribió una pieza teatral titulada La Gitana, en cinco largos y ~~xxxxx~~ grandilocuentes actos), y obras de Villaespesa, Ardavín y Marquina. La tertulia de la panadería, a la que asisten también los hermanos Sijé, abre su horizonte literario a otras lecturas, que pasan a mayores cuando tiene acceso a la

biblioteca del padre Almacha. Según anota José Martínez Arenas, es en esa biblioteca donde Miguel descubre a San Juan de la Cruz, a Gabriel Miró, a Verlaine, a Virgilio -en la traducción de Fray Luis de León-, y la Eneida se convierte por un tiempo en inseparable compañera de sus pastoreos. Por el lado de Ramón Sijé le ~~llegará~~ llegará el conocimiento de las figuras capitales del Siglo de Oro, y el acercamiento a los poetas y escritores modernos. Los testimonios de sus amigos, y sus propias declaraciones de los primeros años treinta, permiten enumerar entre sus autores más frecuentados a Rubén Darío, Antonio Machado, Unamuno, Juan Ramón Jiménez y, sobre todo, "Góngora, Lorca y Gabriel Miró", como declara en 1931.

El 30 de diciembre de 1929 -y en el semanario "El Pueblo", de Orihuela- Hernández publica su primer poema ("Pastoril"), al que seguirán "En mi barraquica" y "Marzo viene", al año siguiente y en el mismo medio. Hacia finales del otro año -el 8 de diciembre de 1931- el poeta realiza su primer viaje, y nada menos que a Madrid, ilusionado por establecer contacto con poetas y cenáculos literarios. Medio año de grandes penurias económicas permanece Miguel en la agitada capital de la recién proclamada República, pero a pesar de sus esfuerzos y de algunas ayudas (le hacen un par de entrevistas, en una de las cuales se solicita públicamente trabajo para él; Concha Albornoz y Ernesto Giménez Caballero le ayudan a conectarse con gente; los amigos oriñlanos le hacen llegar un par de veces algo de sus propios y menguados recursos económicos) debe regresar a Orihuela a mediados de mayo de 1932, sin siquiera dinero para el pasaje. Mezclado inocentemente en una complicación burocrática -le habían conseguido un billete gratuito a nombre de Alfredo Serna- Miguel conoce su primera prisión: debe permanecer dos días detenido en Alcázar de San Juan, hasta que le remiten las setenta pesetas que le permiten llegar a Orihuela.

Por entonces -y a influencias del neogongorismo que se respiraba en Madrid- Miguel comienza a componer los poemas de Perito en lunas, que será su primer libro, y aparecerá en la colección "Sudoeste", de la murciana editorial La Verdad, con pie de imprenta de enero de 1933, y en una tirada de 300 ejemplares costeados por don Luis Almacha.

A partir de la publicación -con buen recibimiento crítico- de Perito en lunas, crece la confianza de Miguel en sí mismo y va desapareciendo su timidez. Puede decirse que ese año, auguralmente iniciado con su libro, comienza la vida pública de Miguel Hernández, que sólo interrumpirá la muerte una década después. Lee sus poemas en la Uni-

versidad de Cartagena y en el Ateneo de Alicante, y la revista "Cruz y Raya" publica su auto sacramental Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras, que tiene gran éxito en Madrid. Por entonces culmina la influencia mística y profundamente clásica que sobre él ha ejercido el pensamiento de su entrañable amigo Ramón Sijé, y que comenzará a declinar a partir del año siguiente. Ese año de 1934, será ~~_____~~ ^{decisivo} en la evolución de la vida y la obra de Miguel Hernández, por tres razones fundamentales: comienza su relación con la que sería su mujer, Josefina Manresa; escribe los poemas de El silbo vulnerado; realiza su segundo -y esta vez exitoso- viaje a Madrid.

Parece ser que Miguel descubrió a Josefina -y que la amó en silencio- muy poco antes de su primer viaje a Madrid (según se desprende de una carta enviada desde allí a Carlos Fenoll), pero sus biógrafos no están acordes en ello. En todo caso, sí es verificable que hacia fines del 33 o comienzos del 34, el poeta trabajaba como escribiente en la notaría de don Luis Meseres, y que su cotidiano itinerario lo llevaba por la Calle Mayor, en un taller de costura de la cual trabajaba Josefina Manresa. Si hubo devaneos o fantasías solitarias de Miguel anteriores a estas fechas, es en el 34 cuando ellas se concretan en la realidad, hasta el punto de que la joven pareja se promete durante las vacaciones que el poeta, ya semi afincado en Madrid, pasa en Orihuela.

En cuanto a El silbo vulnerado (escrito en este año, y que perfecciona Imagen de tu huella y anticipa El rayo que no cesa) es el libro que ofrece ya madura la "manera" hernandiana ante la poesía, como veremos más adelante, y su elaboración (aunque fue publicado postumamente, por José M. de Cossío, en Esposo Calpe, 1949)

~~_____~~ participa a dos puntas de la depuradísima técnica de Perito en Lunas y de la pasión humanísima de su poesía posterior.

El segundo viaje a Madrid, por su parte, puede considerarse como un traslado del poeta al centro de la vida intelectual castellana: ya no volverá a Orihuela sino por vacaciones, para casarse, o por la muerte de su querido Ramón Sijé; la guerra, dos años después, y las prisiones, en lo que le queda de vida, lo trasladarán por su cuenta de allí en adelante. Luego de unos meses de inseguridad, que amenazan con la repetición de su primera aventura, Miguel consigue trabajo en la enciclopedia taurina que prepara don José María de Cossío, consolida su amistad con García Lorca y Rafael Alberti y -a través de ellos- conoce al hombre que suplantará a Ramón Sijé como maestro e ideólogo: Pablo Neruda, por entonces a cargo del consulado de Chile. ~~_____~~ Por medio de sus nuevas amistades, Hernández descubre el surrealismo (que parece haber pasado por alto en su primera estancia madrileña), y las ideas (5)

sobre el "compromiso" y la responsabilidad del intelectual y el poeta, tan distantes del rígido catolicismo de Sijé y de las charlas esteti- zantes de la tertulia de la panadería oriolana. Dos concepciones ideo- lógicas irreductibles, libran batalla ese año en el ánimo de Hernández, y lo ponen al borde de situaciones patéticas: durante las vacaciones, por fidelidad al amigo, participa de las tareas fundacionales de El gallo crisis, revista capitaneada por Sijé; pero en el otoño, en Ma- drid, no consigue hacer circular sus números entre sus nuevos amigos, interesados en otro espectro de lo poético y de lo real. Es posible que la huelga de los mineros asturianos -ferozmente reprimida por el gobierno en octubre de 1934- acabe de decidir el conflicto interno de Miguel: en todo caso sabemos que le inspira el drama en tres actos Los hijos de la piedra, y que por esas fechas recibe también una carta apesadumbrada y plena de advertencias de su amigo Sijé, sobre lo que éste juzga como su deserción intelectual. La amistad con Vicente Alei- xandre -la más importante junto a la de Neruda- termina de definir la madurez ideológica del poeta, a la que ya no hará vacilar ni siquiera el profundo dolor que le causa la muerte del "compañero del alma" en diciembre de 1935. La realidad se impone y lo devora todo: la muerte de Sijé es casi contemporánea del asesinato de García Lorca; del triun- fo del Frente Popular en las elecciones de febrero del 36; del alza- miento del general Franco, que abre la puerta a tres años de guerra despiadada, y a una larguísima postguerra de la que el poeta sólo al- canzará a conocer los prolegómenos.

En enero de 1936 -a tres años puntuales de la aparición de su pri- mer libro- se publica El rayo que no cesa, que no pasa inadvertido en los medios intelectuales, a pesar de la grave y convulsiva situación del país: Ortega y Gasset se interesa en la colaboración de Miguel, y Unión Radio, de Madrid, le invita a dar un recital poético. Luego de publicar la "Elegía" a la muerte de Ramón Sijé -tal vez la mayor pieza del género, desde las "Coplas" de Jorge Manrique, en la historia de la poesía castellana- Hernández lee ese mismo año otros de sus dos máxi- mos poemas: "Sino sangriento", y la insuperada "Egloga" a Garcilaso de la Vega, en la que hace gala de una flexibilidad métrica y una ri- queza de rimas con escasísimos paralelos entre sus contemporáneos. Es el 16 de junio de 1936: hace poco más de un mes, Azaña ha sido elegido presidente de la República; los generales Franco, Goded y Mola, sospe- chosos de alentar una inminente sedición, son alejados de sus mandos ~~naturales~~ naturales; antes de que pase otro mes, el asesinato de Cal- vo Sotelo, líder de la derecha parlamentaria, dará el pretexto para justificar el alzamiento. Para cuando éste se produce, Hernández (6)

pasa brevemente por Orihuela, y parte al frente como voluntario. Allí se incorpora al Quinto Regimiento de Zapadores Minadores, y pasa sucesivamente por la Primera Compañía del Cuartel General de Caballería, como comisario político, y por la Primera Brigada móvil de choque, como delegado cultural. Escribe Viento del pueblo, y lee sus poemas en las trincheras, a veces por los altavoces. Metido en la guerra con la pasión y la esperanza que caracterizan toda su vida y su obra, se desdobra por hacer todo lo que esté en su mano para que el conflicto dure ~~menos~~ poco y duela menos: soldado, político, maestro de sus compañeros campesinos, redactor de periódicos del frente, Miguel se da tiempo para colaborar en media docena de publicaciones de la zona republicana mientras escribe uno de sus libros fundamentales, y comienza los apuntes de su Teatro en la guerra. Como si fuera poco -y este es un gesto mayor de la empecinada confianza de Hernández en la especie- le pide a Jose fina que se case con él. La boda, civil, se realiza en Orihuela en marzo de 1937, y el matrimonio parte hacia Jaén, donde Miguel estaba destinado. La vida de la pareja apenas consumada, inicia su sucesión de desdichas: al mes siguiente de la boda, Josefina debe partir a Cox para cuidar de su madre ~~que sufre una dolencia~~, aquejada de una dolencia que la lleva a la muerte en poco tiempo. El poeta se reunirá con ella por entonces, y deberá regresar a Cox al poco tiempo, víctima de un "surmenage" que los partes de la época definen como "anemia cerebral". Concluye Viento del pueblo, escribe El labrador de más aire, y comienza El hombre acecha, cuya publicación impedirá el final de la guerra. Repuesto de su enfermedad participa activamente en las sesiones del II Congreso Internacional de Escritores Antifacistas (al que asisten, entre otros, André Malraux, Tristán Tzará, Juan Marinello, Ilya Ehrenburg, etc.), y viaja a la Unión Soviética, invitado oficialmente junto a otros artistas españoles. Poco tiempo después del regreso de este viaje, y en plena exacerbación de la guerra, nace su primer hijo, hecho que para el Hernández protético, torrencial y afirmador de la vida, es de una significación especialísima: la alegría, sin embargo, dura poco, ya que el niño muere meses más tarde, víctima de una infección intestinal.

Poco antes de esta imprevisible y dolorosa muerte ("Flor que no fué capaz de endurecer los dientes / de llegar al más leve signo de la fiereza", llorará al hijo en el alto poema que le dedica) acaba la Guerra Civil con la derrota de la República, y comienza la última y penosa etapa de la vida de Miguel: la de sus prisiones, enfermedad y muerte.

Cuando la capitulación, y desoyendo consejos que lo instaban a refugiarse en la embajada chilena (donde Neruda había preparado todo para sacarlo del país), el poeta toma el camino de Orihuela, urgido por ver a Josefina y a su recién nacido. Advertido del grave peligro en que se halla, pasa a Sevilla y luego a Huelva, donde gana la frontera portuguesa. En ella, sin embargo, es detenido por la policía salazarista, que lo entrega a la Guardia Civil en Rosal de la Frontera: en la prisión celular de Torrijos pasará los próximos meses de ese sombrío año de 1939, hasta setiembre, fecha de su última y breve liberación.

Los motivos de ésta no aparecen demasiado claros para los especialistas hernandianos, y probablemente nunca lo estén. Tres parecen ser las hipótesis más repetidas: según una -la más romántica- María Teresa León habría conmovido al anciano cardenal Baudrillart con la lectura del auto sacramental de Miguel, y la influencia del prelado francés en las cercanías del general Franco habría decidido la liberación; según otra, más pragmática, los esfuerzos de Neruda y otros extranjeros de rango prominente la habrían conseguido; para Ricardo Gullón, por último, Hernández se benefició de una de las mini amnistías de la época para presos políticos no procesados. Como quiera que sea, la libertad dura poco: Miguel viaja a Cox, donde por entonces residen Josefina y su hijo, y durante una visita a Orihuela (la segunda, y saliendo de la casa de los Sijé), lo detiene un tal Morell, oriolano como él y oficial del Juzgado. El seminario, transformado por entonces en cárcel, lo aloja durante ese noviembre de 1939. Neruda, una vez más, consigue que el consulado chileno ayude económicamente a Josefina, y que el poeta sea trasladado a Madrid, en mejores condiciones, el 3 de diciembre de ese año. Seis meses después, es condenado a muerte en consejo de guerra. Las urgentes y eficaces gestiones de José María de Cossío ante el ministro Sánchez Mazas y el general Varela, consiguen la conmutación de esa pena por la de treinta años de reclusión mayor: Miguel miente a Josefina, para darle esperanzas, en una carta de julio de 1940, en la que le dice que le han condenado a doce años.

Trasladado a las cárceles de Palencia, de Ocaña, y finalmente al reformatorio para adultos de Alicante -donde ocupa la celda número

cien, en compañía de otros siete reclusos-, Miguel no se deja derrotar por la adversidad: aprende inglés, trabaja con sus compañeros, y escribe el asombroso y destilado Cancionero y romancero de ausencias, ese "diario íntimo con las ventanas abiertas de par en par sobre el mundo", al decir de su biógrafo y traductor Darío Puccini. Josefina se ha ido a vivir a Alicante, para estar cerca de él, y durante ese año de 1941 lo verá todos los viernes, a través de las rejas del locutorio.

Miguel llega ya seriamente enfermo a Alicante, donde el hambre, el frío y las aguas contaminadas de la prisión, acaban de minar su salud. El doctor Barbero -quien firmará el parte de su muerte con el diagnóstico de "fimia pulmonar"- lo reconoce una vez en el dispensario, pero a partir de allí lo atenderá en la celda, porque el poeta ya no puede moverse. El último poema que, según todas las evidencias, Hernández escribió, son dos versos que resumen la conmovedora intensidad y economía que había alcanzado en sus postreros años: "¡Adiós hermanos, camaradas, amigos: / despedíme del sol y de los trigos!".

En la mañana del 28 de marzo de 1942 -sábado y vísperas del Domingo de Ramos- a Josefina le rechazaban la cesta de comida que llevaba para su marido: la amada se va "sin preguntar nada, porque no tenía valor de que me aseguraran su muerte". Efectivamente, Miguel estaba muerto, y en su último momento la había recordado: "Josefina, hija, qué desgraciada eres", fueron sus últimas palabras.

Miguel fue enterrado al día siguiente, en el nicho número 1009 del cementerio de Nuestra Señora del Remedio, donde reposa todavía. En su sencilla lápida no hay fechas ni testimonio alguno; solamente se lee: "Miguel Hernández, poeta".

El tiempo poético

Al comienzo de esta introducción se señalaba el probable aprovechamiento de un sector de la obra hernandiana -para fines de capillas, externos a la verdadera valoración de su poética- en detrimento de otros. Si esto es así se debe a la riqueza polifacética que, dentro de su unitaria fidelidad, tiene la evolución del genio poético de Hernández, en la escasa década que va de Perito en lunas a Cancionero y romancero de ausencias. Para puntualizar esa movilidad de forma y contenido -aunque más no sea para aproximarse a una tarea crítica que aún está por hacerse- podría subdividirse la andadura poética de Hernández en cuatro grandes estaciones; sin que esto signifique, ni mucho menos, alguna toma de partido sobre la evolución o involución de esa andadura, ya que en cada una de sus partes alcanzó verdaderas cimas en la poesía de lengua castellana: 1) el período culterano o neogongorino, que apunta en los poemas de adolescencia, y culmina en Perito en lunas, que podría situarse entre 1930 y 1933; 2) el período clásico, con gran asimilación de Garcilaso, que incluye varios poemas no reunidos en libro, y la tríada de Imagen de tu huella, El silbo vulnerado y El rayo que no desá, entre 1933 y 1936; 3) la poesía de combate, formalmente variadísima, y con algunas de las composiciones más audaces y renovadoras de su obra y de su tiempo, entre 1936 y 1939; 4) la depuración y el adelgazamiento de forma y contenido, los metros populares y las rimas sencillas del Cancionero y romancero de ausencias, y de muchos de sus últimos poemas no recogidos en libro, desde 1938 hasta su muerte.

1) En 1927, cuando se cumplen trescientos años de la muerte de don Luis de Góngora y Argote, los poetas españoles (concretamente la generación cuyo nombre estaría asociado a ese año) le dedican un homenaje nacional: lo colocan, por primera vez, en el lugar que le correspondía junto a Quevedo, Lope, Calderón y demás monstruos sagrados de la li-

teratura hispánica. Para el joven pastor oriolano de 17 años, recién llegado a la tertulia de la panadería de Fenoll, a la amistad de Ramón Sijé y al descubrimiento de la literatura, ese renacimiento debió ser como un acto de confirmación. Quienes no ven -aún hoy- en Góngora más que el artífice minucioso de un hermetismo deliberado, quieren creer que Perito en lunas es el producto de una influencia temporaria, una suntuosa ~~en~~ etapa en el hallazgo que Hernández iba haciendo de su propia voz. Pero la prodigiosa intuición de Miguel era demasiado certera como para limitarse a esos ejercicios: sin duda descubrió, con anterioridad a muchos críticos, la tensión extrema del barroco por aprehender la vida (para mejorarla modificándola; sobre todo desde el lenguaje, donde ~~se~~ funda la realidad); los mitos órficos que subyacen en ~~en~~ esa poesía donde la palabra se oculta para manifestarse y se revela para esconderse; la voluntad de don Luis por multiplicar las significaciones de lo hablado, como un discurso especular sobre la multiplicidad de lo real. Más aún: antes que nadie, Hernández recuperó los elementos pastoriles, orgiásticos, luminosos, profundamente populares que sostienen la catedral verbal del poeta de las Soledades. (1) Acaso ^{Fuera} porque estaba dotado como ^{ninguno} ~~ninguno~~, por la doble vertiente de su genio poético y su experiencia bucólica, pero el ^{hecho} ~~hecho~~ es que Miguel triunfa donde sus contemporáneos fracasan: recuperar la esencia del barroco viva como una planta, un animal o una cópula, sin caer en la trampa de que las palabras -entes ambiguos- fosilicen lo que debían fecundar. Perito en lunas -libro oscuro y transparente, esquivo y desgarrado- es el mejor ejemplo de esa extraordinaria familiaridad de Hernández con el corazón de la propuesta barroca: una íntima relación que seguirá habitando el resto de su obra, aunque otra sea la intencionalidad central de su poética. (2)

Nota de pie de página de la pág. 11: (1) Leopoldo de Luis señala acertadamente otras influencias en la poesía juvenil de Miguel: Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, seguidos pronto por Garcilaso, Cervantes y, sobre todo, Quevedo. Dentro de la brevedad de esta introducción, he querido resaltar a Góngora, por la originalidad con la que nuestro poeta lo incorpora.

=====

(2) Ejemplificar estos asertos nos llevaría demasiado lejos de la intención de estas páginas, que sólo pretenden ser sugeridoras. Como dato curioso, agregaré en cambio que Juan Cano Ballesta afirma que las octavas reales de Perito en lunas llevaban título en su primera versión. El hecho de haberlos suprimido es otra prueba de la clara intuición de Miguel sobre la ambigüedad del barroco.

=====

2) La etapa siguiente de la aventura poética de Miguel culmina tres años después de la publicación de su primer libro, cuando Manolo Altolaguirre le edita El rayo que no cesa, versión definitiva de otros dos libros con los que en realidad forma una unidad (Imagen de tu huella, y El silbo vulnerado, publicados postumamente). Darío Puccini se ha ocupado extensamente de las relaciones entre estos tres títulos, y del perfeccionismo técnico que Hernández había desarrollado por entonces, que le llevaba a continuas, sutiles y maestras correcciones de sus versos. Treinta poemas conforman la estructura de El rayo, entre los que figuran dos de los más altos de la producción hernandiana ~~de~~ ("Me llamo barro aunque Miguel me llame", y la celeberrima "Elegía" a la muerte de Ramón Sijé), amén de varios de sus mejores sonetos. Según Leopoldo de Luis, Hernández había incluido también en esta selección una segunda elegía, dedicada a la novia de Sijé, pero no la publicó porque ella no fue mucho tiempo fiel a la memoria del amigo (1).

(1) En nuestra edición, figura encabezando la sección OTROS POEMAS (1935/1936).

Ochentaicinco poemas más, aparte de los incluidos en los mencionados libros, escribe Miguel durante ese feraz período, que es el del asentamiento definitivo de su forma y de su manera poéticas. Desde el manejo ya decantado y personalísimo de la tradición clásica (ver el quevediano "Del ay al ay -por el ay"; el "Diario de junio -interrumpido", donde campea Garcilaso; el "Huerto -mío", franca y literalmente dedicado a Fray Luis), hasta el jocundo "Silbo de afirmación en la aldea", pasando por la sexualidad exaltada de las odas "al vino" y "-a la higuera", todo el Miguel maestro de la palabra y enamorado de lo que ella nombra, está ya en estos poemas. Cuando la ferocidad de la guerra lo enfrente a otra temática, se encontrará ya dueño de todos sus recursos: sabrá no sólo todo lo preciso sobre la variedad de lo formal, sino que será señor de una poética.

3) Puede intentarse una aproximación a lo que esa poética tiene de personalísimo, precisamente con los ejemplos que nos brinda la etapa más combativa de la poesía hernandiana. La posesión de una técnica tan depurada y, detrás de ella, el conocimiento infuso de lo que la poesía tiene de última posibilidad de la palabra (o de frontera con la lengua silenciosa y central del universo), permiten a Miguel ser el único poeta de la guerra que hace poesía de trincheras sin caer jamás en el periodismo o el panfleto. Si esta afirmación parece desmesurada, piénsese que ni siquiera su maestro Pablo Neruda -sin duda, uno de los grandes poetas de este siglo- se salva de recurrentes incursiones en el panfleto, cuando la pasión del tema o la urgencia del momento obnubilan su lucidez poética. Miguel, por el contrario, escribe desde el frente y sobre una temática del frente (claramente partidista, por otra parte) poemas tan equilibrados y perfectos como son los que integran Viento del pueblo y El hombre acecha. Pienso, cuando escribo esto, en "Jornaleros" o en "Canción del esposo soldado", en el primero de los libros; en "Llamo al toro de España", en "El hambre", en "El herido", o en "Canción última", citando

XXXXXXXXXXXX

(13)

ejemplos del segundo. Estos poemas tienen la serenidad y la grandeza, la delicada búsqueda de las asonancias interiores, el deslumbrante hallazgo de la imagen, la perfección formal de los mejores que pueden encontrarse en el resto de la obra hernandiana. Fueron escritos sin embargo en condiciones atroces, y en medio de un caos que sólo el rigor de una poética, convertida ya en segunda naturaleza, pudo preservar de los desbordes emocionales. La mejor prueba de esto estriba justamente en la pasión que suscitan: escritos desde la verdad de la poesía, son los poemas más conmovedores que produjo la guerra civil, precisamente porque no renuncian al esplendor de la forma (1).

4) Es imposible prever por qué rumbos hubiese seguido la poesía de Miguel Hernández, si no la hubiera silenciado la muerte, pero la última etapa de su breve andadura poética es no sólo estremecedora, sino de una pureza que los grandes poetas suelen alcanzar en la vejez. Como si el dolor, las cárceles y la declinación física lo hubiesen acercado a la sabiduría, la serenidad y el despojamiento de esa edad, Miguel se despide en ~~Romancero y cancionero de ausencias~~ Cancionero y romancero de ausencias adelgazando la voz, alcanzando por momentos la levedad profunda de un hai-ku, recuperando la sencillez genial de la anónima poesía popular. El maestro del contrapunto y domador del barroco, elige en este libro el sencillo octosílabo rimado por versos alternos, el poema brevísimo que contiene en casi nada todo su desarrollo ("Querer, querer, querer, / ésa fue mi corona. / Esa es."), o la delicada obra maestra concebida por la combinación de mínimos elementos ("Llegó con tres heridas"). Paralelamente

(1) Podría extenderme sobre estos ejemplos: bastaría citar la "Egloga" a Garcilaso, uno de los más deslumbrantes hallazgos técnicos de Miguel, casi contemporánea del alzamiento del 18 de julio.

te a este libro de inefable belleza, Miguel escribe algunos de sus máximos poemas de tono mayor ("Hijo de la luz y de la sombra", "Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío", "La boca"), o las ~~ternísimas~~ ^{melancólicas} "Nanas de la cebolla", acaso la más desolada canción de cuna de la lírica castellana. En todo este material -que en la presente edición recogemos bajo el título Ultimos poemas- se percibe la misma ~~grandeza~~ ^{melancólica} grandeza que en su libro póstumo. Miguel se despide sin quejas, sin rencores, sin renunciar a su empecinada confianza en el futuro de la especie: si alguna amargura trasciende de su voz, es porque hubiera preferido quedarse para confirmar esa certeza.

El tiempo

La obra de Miguel Hernández sufrió en España casi cuarenta años de silencio, roto sólo esporádicamente por la publicación de selecciones o trabajos críticos dignos de todo elogio, o por la circulación clandestina de sus Obras Completas (1), a partir de 1960. Las circunstancias permiten difundirla ahora en su patria, a la que tan profundamente está ligada. Cabe esperar que este renacimiento sea en provecho de todos, porque para todos fue escrita. Que no se adueñen de Miguel, que no lo dogmaticen, que no se cumpla la profecía que él mismo escribió sobre los peligrosos intelectuales: "Yo sé que en esos sitios tiritará mañana / mi corazón helado en varios tomos."

A.C.

(1) Editorial Losada, colección Cumbre, Buenos Aires: ordenada por Elvio Romero, cuidada por Andrés Ramón Vázquez, y con prologo de María de Gracia Ifach. El criterio de esta edición, por el momento insuperable, es el que se ha seguido en general en la presente.